

Roberto Inchingolo

LA VENGANZA DE LAS ORCAS

HISTORIAS DE RESISTENCIA ANIMAL

Traducción de Lucía Alba Martínez

Alianza Editorial

Título original: *La vendetta delle orche
e altre storie di resistenza animale*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2024 Codice Edizioni, Torino
© de la traducción: Lucía Alba Martínez, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-932-4
Depósito Legal: M. 179-2025
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

A Gabriele

ÍNDICE

Introducción. Muerte por cisne	11
1. Jaulas de oro	27
2. A la caza del hombre	47
3. <i>The long pig</i>	65
4. Detener la invasión.....	83
5. Desde aquí arriba, la Tierra no tiene fronteras	101
6. Clandestino	121
7. La elefanta nunca olvida	141
8. Monumento al ratón desconocido	159
9. <i>The bug</i>	179
10. <i>Apocalypse cow</i>	199
Posfacio. Human Liberation Front	227

INTRODUCCIÓN

MUERTE POR CISNE

El 14 de abril de 2012, Anthony Hensley, de 37 años, salió a dar una vuelta en kayak por el laguito artificial de una urbanización en la zona residencial de Des Plaines, Chicago. Hensley trabajaba como vigilante para una empresa especializada en vaciar de ocas intrusas los estanques ornamentales, la Knox Swan & Dog LLC. El sistema para librarse de ellas consiste en asustarlas colocando en los alrededores otros animales más apreciados por los seres humanos, como perros o cisnes. Hensley, kayakista experto, se dedicaba a este trabajo desde hacía diez años y ese día se dirigía a revisar el estado de un nido de cisne instalado hacía un tiempo por la compañía.

Pero esta vez algo se torció. Los cisnes reaccionaron mal, no le dejaron acercarse y, en cambio, empezaron a perseguirlo: Hensley se alejó deprisa, pero los cisnes siguieron en su empeño y lo agredieron hasta volcar su kayak. Algunos testigos lo vieron todo desde las ventanas del bloque, pero no

pudieron reaccionar a tiempo. El hombre murió ahogado antes de que llegaran los servicios de emergencia.

La familia de Hensley, que a su muerte dejó mujer y dos niñas, demandó a la empresa, culpable de no haber valorado correctamente el riesgo de trabajar con pájaros tan territoriales y agresivos. Desconocemos el resultado de esta acción legal. Actualmente la Knox Swan & Dog sigue proporcionando cisnes con fines ornamentales. Y el de Anthony Hensley es el único caso confirmado de la historia de un ser humano asesinado por un cisne¹.

Esta historia tiene algo de trágica, algo de cómica y mucho de absurda. Está lo artificial del ambiente: una charca construida entre edificios en el intento de dotar de nobleza al cemento, y la conciencia de que esta nobleza no tiene nada de auténtica. Está el deseo humano de estar cerca de la naturaleza, pero solo si esta respeta nuestras reglas, si no nos genera molestias o si es fácilmente controlable. Está la arbitrariedad de la decisión entre cuáles son las especies elegidas y cuáles las indeseables: los cisnes nos valen, las ocas (que de todos los animales son los que más se parecen a los cisnes), por el contrario, no. Nos parece obvio: el cisne nos resulta estéticamente más agradable que una oca, aunque sea solo a nivel simbólico, pero ¿sabríamos explicar por qué? Está, además, el aspecto grotesco del evento en sí: morir asesinado a manos de unos cisnes parece imposible y —que nos perdone la familia del difunto— da casi risa. Puestos a que nos mate un animal, esperaríamos que fuera un lobo o un tigre; pero, estadísticamente, ¿con qué frecuencia ocurre y, sobre todo, por qué? Intentemos por un momento ponernos en el lugar del cisne.

¹ P. O'Connell, «Wife of Man Killed in 2012 Des Plaines Swan Attack Files Lawsuit», *Chicago Tribune*, 7 de diciembre de 2017.

Al fin y al cabo, solo estaba defendiendo su nido, un nido por lo demás creado específicamente para él por los seres humanos, cuyas intenciones no es capaz de comprender. Vio que algo se acercaba a sus huevos y reaccionó mal, como habría hecho en la naturaleza y como siempre ha hecho su especie, territorial y agresiva. Desde su perspectiva, en resumen, no ocurrió nada fuera de lo normal.

La muerte por cisne es un evento tan representativo de la relación actual entre seres humanos y animales —o, mejor dicho, entre el animal humano y los otros animales, no humanos— que no podría haber elegido otro para abrir este libro. Hay tanto de lo que hablar, que no sé ni por dónde empezar. Para poner un poco de orden, intentemos comenzar por cómo y cuándo el cisne se convirtió en un animal ornamental. En Europa, se pueden encontrar representaciones rupestres de cisnes y aves similares desde el Paleolítico superior, hace entre 18.000 y 11.000 años. Como ocurre con muchas representaciones de la época, tenían un objetivo propiciatorio, para poder cazar a estos animales en abundancia. Hallazgos de huesos del mismo periodo nos revelan, de hecho, que en esa época comíamos cisnes y ocas indistintamente.

Con el paso del tiempo, la asociación del cisne con significados específicos, cuentos y figuras mitológicas comenzó a consolidarse incluso en culturas muy alejadas entre sí, de una forma que no se encuentra en el caso de las ocas, los patos u otros anseriformes. Al cisne se le asocia, por ejemplo, con la pureza y la divinidad en las culturas hinduistas y tardocristianas, con la muerte y el más allá en las culturas grecorromanas y nórdicas y con el erotismo en casi todas: las leyendas de doncellas-cisne, bellísimas mujeres capaces de transformarse en candidas aves y seducir a quien las observa, están extendidas por todo el mundo. Es evidente que basta un cuello más

sinuoso y formas más agraciadas que las de una oca para desencadenar esta asociación mental arraigada entre el cisne y el eros, y para que miremos con ojos muy distintos a estos dos animales.

En la Edad Media se consolida la vinculación entre cisne y nobleza: se convierte en un símbolo de los escudos heráldicos, se cría para consumo exclusivo de las clases acomodadas y se puebla con ellos los estanques de los jardines aristocráticos. Su carne se convierte en símbolo de estatus, y como ocurre con muchas cosas ligadas al lujo, el acto de poseerla es más importante que el acto de consumirla. Con unas clases populares que ya no tienen acceso a ella y una nobleza cuyo interés es más bien demostrar que son los únicos que lo tienen, el cisne pasa de esta manera de animal de granja a cosa bella y elegante que conservar en un espejo de agua, cuya presencia arquitectos y urbanistas planifican hoy de la misma forma en que lo harían con el tipo de árboles que plantar o los bancos a instalar. Parece extraño, por lo tanto, el hecho de que una persona haya muerto a causa de algo que para nosotros es, esencialmente, un elemento decorativo.

La historia evolutiva del cisne real, *Cygnus olor*, no presenta diferencias suficientemente significativas con la de otros animales como para justificar su destino actual y la percepción que tenemos de él en el presente. Los fósiles asociados a esta especie, una de las siete especies de cisnes que existen hoy, se remontan hasta hace 13.000 años. Originaria de Europa, en América del Norte, donde tuvo lugar nuestro crimen, esta especie fue, de hecho, introducida precisamente con fines ornamentales, para después colonizar extensiones de agua espontáneas: se puede hablar, a todos los efectos, de una especie invasora. Es un animal poderoso, robusto, con una apertura alar de dos metros y medio en edad adulta, que construye nidos de hasta dos metros de ancho y domina terri-

torios de hasta 18.000 metros cuadrados, que protegen durante el periodo de eclosión. Pone entre cuatro y siete huevos al año, que custodia de forma agresiva, al igual que defiende de forma posesiva al compañero con el que se empareja para toda la vida.

Nos encontramos, por tanto, frente a un animal territorial, con un fuerte instinto protector para con sus huevos, sus crías y su compañero, que no tiene ningún problema en matar a los intrusos (ya sean cisnes rivales u otros pájaros) que se acercan a la nidada y con una musculatura en las alas y el pico lo bastante fuerte como para herir incluso a un ser humano adulto. Si tenemos estas características en mente, el hecho de que un desafortunado incidente en el que una persona se acerque a un nido pueda terminar en muerte no parece tan absurdo. La cuestión es que no estamos acostumbrados a tener en cuenta estas características. Por algún motivo, nos resulta más natural pensar en el cisne como en un animal inocuo.

El significado de la propia palabra naturaleza parece variar en función del contexto o de nuestras expectativas, e incluye a veces evidentes influencias antrópicas. Asociamos, por ejemplo, el verde de los prados de los jardines públicos con la naturaleza, aun no tratándose de un ambiente espontáneo sino de un espacio proyectado artísticamente y cuidado para mantener ese aspecto. Los ambientes «naturales», en el sentido de no alterados ni afectados por la acción humana, nos parecen más genuinos, pero ¿cuántos de ellos quedan hoy en día? La naturaleza, en teoría, lo abarca todo, desde las fuentes hidrotérmicas del fondo del océano hasta las filas de asientos de plástico de un vuelo intercontinental *low-cost*. ¿Por qué motivo separamos lo *natural* de lo *artificial*, como si lo segundo no fuera consecuencia de lo primero, y como si no lo afectara profundamente? La naturaleza también nos incluye a nosotros y a nuestras acciones, nuestro actuar sobre el

mundo que, en tanto que especie «dominante», tiene un impacto inconmensurable. A pesar de esto, tendemos a considerar todo aquello sobre lo que la acción humana directa tiene menos peso como más natural, incontaminado. Un lugar donde nos sentimos menos seguros, menos al mando. Desde este punto de vista, podríamos tratar de definir la naturaleza como *aquello que no podemos controlar*, aquello que sobrevive al margen de nuestra voluntad o conocimiento. Si lo entendemos así, el papel de los animales, en particular, tiene la capacidad de generar situaciones de conflicto.

Si el concepto de naturaleza es de por sí complicado para nosotros, nuestra percepción de los animales es por completo incoherente. La forma en que los consideramos, cómo varía nuestra opinión de una especie a otra, es objeto de estudio. Se han aplicado, por ejemplo, métodos utilizados en psicología social de las interacciones humanas, pidiéndoles a los participantes juzgar distintas especies animales en función de su competencia (capacidad potencial de actuar sobre nosotros) y calor (capacidad de transmitir y percibir emociones) percibidos, de la misma forma en que se examinan estereotipos y prejuicios entre distintos grupos humanos².

Otros estudios sugieren que, en general, cuanto más se «parece» a nosotros un animal, tanto a nivel físico como comportamental, mayor es nuestra tendencia a tener una mejor reacción hacia él, en la que influyen también el tamaño, las costumbres reproductivas y parentales y otras numerosas características³. Preferimos aquello que se nos asemeja, ob-

² V. Sevillano y S. T. Fiske, «Warmth and Competence in Animals», *Journal of Applied Social Psychology*, 6 de noviembre de 2015.

³ S. Batt, «Human Attitudes Towards Animals in Relation to Species Similarity to Humans: A Multivariate Approach», *Bioscience Horizons*, 2(2), junio de 2009.

viamente, pero entre la semejanza percibida y la semejanza efectiva puede haber grandes diferencias. Existe la opinión generalizada de que en los países occidentales más ricos (y entre las personas más instruidas) hay más sensibilidad hacia los animales y sus derechos, sobre todo hacia los domésticos, y que en el resto de los países se les considera más bien como recursos; sin embargo, análisis recientes han demostrado que el interés creciente por el bienestar animal no es algo exclusivo de las naciones desarrolladas⁴. Las actitudes ante los encuentros con animales salvajes en ambientes urbanos, influidas por su mayor frecuencia y exposición mediática, están sin embargo empeorando, particularmente hacia los jabalíes⁵, a los que dedicaremos mucho espacio en este libro. Todo ello conduce a un desequilibrio en la percepción pública de los animales, desligada de su verdadero papel medioambiental, de su peligrosidad y nocividad y de las razones de nuestros conflictos con ellos.

Es este desequilibrio el que nos lleva a mirar con alegría a las ardillas que se nos acercan en el parque a pedirnos algo de merienda y con terror a la araña que aparece detrás de un mueble, a temer que por la noche se nos cruce un zorro que surge de un arbusto y a conmovernos cuando al volver a casa nuestro perro nos recibe moviendo la cola, o a pensar que es absurdo morir a manos de un cisne. En particular para nosotros, occidentales urbanizados, los animales no domésticos son sobre todo los que vemos en los documentales, con los que no podemos (y, en la mayoría de los casos, no queremos)

⁴ M. Sinclair *et al.*, «International Perceptions of Animals and the Importance of Their Welfare», *Frontiers in Animal Science*, 3, 18 agosto de 2022.

⁵ S. Basak *et al.*, «Public Perceptions and Attitudes Toward Urban Wildlife Encounters. A Decade of Change», *Science of the Total Environment*, 834, 15 de agosto de 2022.

interactuar de ninguna manera. Sin embargo, tengo unos parientes lejanos que viven en Australia, en Cairns, una ciudad que da por un lado a la barrera de coral y por el otro a dos reservas protegidas, y que me cuentan que se alegran cuando les entran serpientes en casa porque ahuyentan a las ratas, mucho más molestas.

La relación humano-animal es extraña, desigual, complicada. Podría resumirse con el título de un libro del psicólogo Hal Herzog: *Some We Love, Some We Hate, Some We Eat*⁶. Animales amados, odiados o comidos. El criterio para encasillar a una especie antes que a otra en estas categorías no parece seguir ninguna lógica en concreto: solo puede esclarecerse observando la perspectiva histórico-evolutiva subyacente. Una historia de cohabitación forzada y coevolución necesaria, durante la cual los animales han sido por turnos amigos y enemigos, recursos y plagas, invadidos e invasores.

No por casualidad, la época en que vivimos ha sido bautizada como Antropoceno debido a la capacidad de nuestra especie para moldear el entorno natural de una manera sin precedentes, alterando el territorio, su vegetación, su hidrogeología y determinando —a veces conscientemente, a veces por accidente— el destino de cientos de especies animales, decretando el éxito de algunas y la extinción de otras. Pero moldear no significa tener el control. Somos criaturas de la naturaleza y, como tales, estamos sujetos a sus mismas reglas. Pensar lo contrario es a la vez fruto de una percepción errónea, de una ignorancia trivial del mundo natural y de una presunción de omnipotencia. En el Antropoceno somos protagonistas, pero no los únicos actores. Como veremos en este libro, en los intersticios, clandestina y fugaz-

⁶ H. Herzog, *Some We Love, Some We Hate, Some We Eat: Why It's So Hard to Think Straight About Animals*, HarperCollins, Nueva York, 2022.

mente, otras especies sobreviven y prosperan, resistiendo a nuestra dominación.

Antes de proseguir, conviene aclarar qué *no* es este libro. El concepto de *resistencia animal*, en el lenguaje común, tiene connotaciones políticas, vinculadas al mundo de la defensa del medio ambiente, del ecologismo y del antiespecismo. Identifica a los animales como criaturas merecedoras de un mayor respeto por nuestra parte, con derecho a garantías legales equiparables a las nuestras y a un mejor estatus en la opinión pública. El animalismo tiene raíces filosóficas antiguas y posiciones complejas y diversas. Hoy en día se traduce en acciones de lo más variopinto, que van desde ser vegano y no matar a los insectos que entran en casa hasta el ecoterro-rismo, pasando por manifestaciones, redacción de tratados y manifiestos, asociacionismo, preguntas parlamentarias y mucho más. Pero se trata de acciones políticas *humanas*, dirigidas a cambiar la opinión de otras personas. Los animales son su objeto, no su protagonista activo. Este libro quiere invertir la perspectiva, situándolos a ellos en el centro.

No hablaré, por tanto, de activismo animalista, de las razones para hacerse vegano, de antiespecismo ni de cómo los movimientos más progresistas lo integran en las luchas transversales, no porque no comparta sus posiciones, sino porque me gustaría más bien centrarme en cómo viven los animales todo esto, en por qué se comportan de una determinada manera: en las consecuencias de sus acciones sobre las nuestras, en lugar de lo contrario. Por lo tanto, les dejo a los activistas la tarea de hablar de cuestiones filosóficas y políticas humanas, aunque atañan a los animales. En algunas páginas nos encontraremos con sus acciones y opiniones, pero de forma periférica a actos en los que los animales han tomado la iniciativa. Tampoco hablaré de animales que realicen acciones

que puedan interpretarse como «políticas» en apoyo de una causa concreta: por curiosas que sean, las historias del perro Negro Matapacos⁷ y los demás *riot dogs* o la abeja «antifascista» que mató a un falangista español de un aguijonazo⁸ no formarán parte de la discusión. Por *resistencia animal*, en este libro entendemos *el acto de sobrevivir en oposición directa a nosotros, los humanos*. Resistencia como resiliencia: la palabra, por tanto, no tiene las connotaciones políticas humanas que tradicionalmente le asignamos. En su lugar, debe leerse en términos más elementales, ancestrales. Evolutivos.

Este libro también es animalista, pero no en la acepción habitual de la palabra. Quiere ser un examen de nuestra relación con los animales, intentando en la medida de lo posible adoptar su perspectiva. No trataremos de encontrar un sentido coherente a la relación humano-animal, sino más bien de iluminar las contradicciones, los espacios dentro de los cuales la vida animal se las arregla para sobrevivir. Nos centraremos, como anticipamos, en la pretensión de control que nuestra especie supone tener sobre su entorno y todas las criaturas que lo habitan. La tesis de este libro es que ese control, si bien existe, es efímero, y muchos animales consiguen escapar e incluso aprovecharse de él. No quiero negar que la relación humano-animal es ante todo una relación de dominación, pero sí redimensionar el alcance de esta, mostrar que no es omnipotente, subrayar los ejemplos, a menudo inadvertidos,

⁷ Este es el nombre que se le dio a un perro que se hizo famoso por participar espontáneamente en las manifestaciones y protestas estudiantiles de Chile en 2011. Conocido por su pelaje oscuro, su pañuelo rojo al cuello y su agresividad con los antidisturbios, Negro Matapacos se convirtió también en el símbolo de las protestas chilenas de 2019 y ha sido immortalizado en numerosas estatuas y murales.

⁸ «La desgracia imprevista del “camarada Ramón”, el falangista ciclista muerto al tragarse una abeja», *El Español*, 28 de abril de 2021.

de resiliencia animal. Echar un vistazo a las grietas de nuestro pedestal y a la vida bulliciosa que anida en ellas.

Seguiremos, pues, el hilo de la inversión, del *contrapasso*, de la justicia poética. Hablaremos de historias de animales que, de un modo u otro, escapan a nuestro control, hasta el punto de reírse de nosotros. Se trata de un marco narrativo que siempre ha fascinado a la cultura humana, que a través de cuentos y leyendas siempre ha asignado a los animales un papel salvaje, jocoso y burlón. Las mitologías están repletas de espíritus animales que, mediante la astucia, nos toman la delantera, a veces encarnando a auténticas deidades embaucadoras, como el coyote en las mitologías de los nativos americanos, el zorro en las mitologías búlgaras y japonesas o el cuervo en las aborígenes australianas. La contraposición entre el ser humano civilizado, inteligente y destinado a vencer, y el animal salvaje, movido por el instinto y destinado a ser dominado, convierte en memorables aquellos acontecimientos (reales o imaginados) en los que es el segundo el que provoca la derrota del primero. ¿Cuántos de nosotros recordamos a Esquilo más por sus obras que por su famosa muerte, causada —según la leyenda— por un águila que dejó caer una tortuga sobre su cabeza, confundiendo la calva del poeta con una piedra?

Un ejemplo similar de inversión irónica en el imaginario nos lo ofrecen los conejos asesinos, que se encuentran ocasionalmente dibujados entre las páginas de los manuscritos medievales. En la Edad Media, el conejo era un símbolo de inocencia, de vulnerabilidad, a veces también asociado a la resurrección cristiana. Sin embargo, en los márgenes de los manuscritos iluminados encontramos a menudo, entre otras ocurrencias, representaciones de conejos asesinos armados con lanzas y espadas, dispuestos a masacrar seres humanos de forma ridículamente macabra. En los llamados *marginalia* lo

que se dibuja es un mundo al revés: que un conejo mate a un ser humano es tan absurdo como que lo haga un cisne. Tal vez fuera una forma de exorcizar lo imposible, o de inmortalizar de forma simbólica esas raras e increíbles veces en las que lo imposible sucede.

Los sucesos que se relatan en este libro no son mitológicos, sino que han ocurrido de verdad: son actos que a menudo tienen un valor adaptativo científicamente mensurable, acciones que en términos evolutivos aumentan la aptitud, la capacidad de supervivencia y de transmisión del patrimonio genético a las generaciones siguientes. Relataremos estas historias no solo como recordatorio de lo frágil que es nuestro control sobre el mundo, sino también como oportunidad para hablar de muchos otros temas, como la evolución biológica y la tecnología, las fronteras y los espacios compartidos, la domesticación y el consumo, la historia de las civilizaciones, el comercio y la explotación de recursos, la contaminación y la extinción. Por el camino nos encontraremos con cerdos que se comen a sus dueños, elefantes que se vengan de sus verdugos, monos y osos que escapan de sus prisiones, jabalíes que invaden nuestras calles, cetáceos que destruyen nuestros barcos y mucho más. Como los conejos de los manuscritos medievales, estos animales también se mueven a menudo en los márgenes, lejos de nuestra mirada.

Una última y necesaria advertencia sobre la antropomorfización. Es casi imposible hablar de los animales sin caer en la trampa de atribuirles características humanas. Si nuestros sesgos cognitivos —que también son fruto de presiones evolutivas— nos llevan a atribuir personalidad, voluntad y pulsiones humanas incluso a objetos inanimados o fenómenos atmosféricos, no digamos ya a los animales. A veces esto nos lleva a cometer grandes errores, humanizando comportamientos cuya

explicación etológica es muy distinta, y acabamos por comprender muy poco sobre ellos⁹. En otros casos, sin embargo, la antropomorfización es una forma de encontrar puntos en común entre nosotros y los animales, puntos que pueden tener raíces o motivaciones evolutivas similares. Nosotros también somos animales, y también somos, como ellos, el resultado de los mismos procesos de mutación aleatoria y selección natural que rigen la biología. Somos diferentes, pero en muchas cosas nos parecemos. En este caso, la antropomorfización puede conducir a una mayor comprensión del mundo animal en lugar de confundir las cosas y ser una oportunidad para relacionarse mejor y empatizar con ellos. Si se hace con conciencia y criterio, puede tener ventajas.

En mi anterior libro, *Zoocrazia. La vita politica degli animali*, utilicé deliberadamente la antropomorfización para hablar de los «sistemas políticos» animales y sus similitudes con los humanos¹⁰. En el fondo, no me interesaba averiguar qué especie animal era más comunista o liberal, cuál era más colaborativa, autoritaria o democrática, sino hablar de los comportamientos sociales animales, de los que pocos somos conscientes, a través de la lente de la política humana, utilizando términos y conceptos con los que la mayoría de la gente está mucho más familiarizada. La propia idea de que los animales

⁹ Un vídeo viral que aparece en las redes con cierta frecuencia muestra a un córvido pinchando con el pico a un erizo en medio de una carretera asfaltada para incitarle a moverse: casi siempre va acompañado de una descripción del tipo «Pájaro ayuda a erizo a cruzar la carretera y salvarse de los coches: ¡ojalá fuéramos así de altruistas!». En realidad, el córvido está intentando mover al erizo para comérselo en paz, lejos del tráfico: en la naturaleza, hay ejemplos de altruismo y cooperación incluso entre especies diferentes (algunos pueden observarse precisamente entre los córvidos), pero este no es uno de ellos.

¹⁰ R. Inchingolo, *Zoocrazia. La vita politica degli animali*, Durango Edizioni, Andria (BT), 2021.

«resistan» en la que se basa este libro es un ejemplo de antropomorfización, pero con el objetivo explícito de atraer la atención para exponer historias y comportamientos animales interesantes y poco conocidos, y de reflexionar sobre nuestra relación con ellos. En este libro, por tanto, haremos un uso ocasional y consciente de este concepto.

El primer capítulo profundizará en el concepto del presunto control del ser humano sobre los animales, tomando en consideración los zoológicos y nuestra relación con los animales domésticos. Los dos capítulos siguientes se ocuparán de los animales como recurso de consumo para nosotros, los seres humanos, a través de la caza y la cría. La parte central del libro está dedicada de diversas maneras a las fronteras, una noción totalmente humana que los animales, para nuestro gran fastidio, no acostumbran a respetar. Un capítulo hablará de los jabalíes de los suburbios urbanos y de nuestros vanos intentos de frenar su proliferación. Otro tratará de las especies invasoras, las reintroducciones y los problemas derivados de compartir espacios con animales salvajes. Otro es una visita guiada por la zoología urbana, que nos mostrará cómo la urbanización ofrece las condiciones perfectas para la supervivencia de especies inesperadas en espacios que estamos acostumbrados a considerar exclusivamente nuestros. El séptimo capítulo analizará las capacidades cognitivas animales y la arbitrariedad con que decidimos respetar y proteger a una especie animal antes que a otra. El octavo capítulo aborda el tema de la experimentación con animales, y el noveno, la conflictiva relación entre animales y tecnología. El último capítulo imaginará escenarios futuros en los que la Tierra esté libre de nuestra presencia, y cómo les iría a los animales sin nosotros. Por último, en el epílogo nos preguntaremos si podemos tomar ejemplo de estas prácticas de resistencia animal

para lograr una mayor liberación humana. De un modo u otro, los animales también están sobreviviendo a un Antropoceno cada vez más inhabitable, y nosotros también tenemos algo que aprender de ellos para afrontar los retos del mañana.

Si asumimos la lectura de que dominamos a los animales, entonces habrá que aceptar que algunos de ellos resistan. Vamos a contar sus historias.